

La vida gal, don

Dos escuelas agrupaban a los doctores de la Ley en Israel: la de Shammai y la de Hillel; una más estricta, otra más laxa. No sabemos a qué escuela pertenecían los que se acercaron a preguntarle a Cristo, sobre la indisolubilidad del matrimonio (1).

Cristo toma pie de la pregunta y da su alta doctrina, revolucionaria, nueva, "restauradora de un orden primitivo y ya olvidado" (2).

Los apóstoles ya en privado, le responden: "si es así, es mejor no casarse". Cristo contesta: "no a todos se ha dado el comprender esto" (3).

El matrimonio es una vocación especial. Sólo por un don de lo Alto, se puede entender el matrimonio para vivirlo en su plenitud. Sin embargo la corriente habida en los medios católicos, principalmente en la antigüedad, sobre Sexualidad y Matrimonio, se ha presentado sólo para los cristianos débiles, que no podían dominar la propia concupiscencia. Se ha visto como algo no totalmente ordenado, "como algo bajo", y desde luego ha tenido su reflejo en la educación de los hijos en este respecto (4).

En cambio en la Sagrada Escritura aparece lo contrario. Nos dice el Génesis que después de crear Dios a "varón y mujer", vio "que era bueno lo que había hecho" (5). No seamos tan puritanos que hagamos malo lo que Dios hizo santo. No manchemos el agua que mana pura del manantial.

El misterio: hombre y mujer

Es en el Capítulo segundo del Génesis donde encontramos por primera vez con diafanidad al hombre. Es un cuadro el que allí se nos presenta divinamente infantil. Yo diría que es precisamente tras lo que va el arte de nuestros contemporáneos en la pintura y en la escultura: una escena primitivamente creadora. Dios paseando una tarde por el Paraíso, contempla al hombre creado por El, se detiene, levanta su mirada y exclama: "no es bueno que el hombre esté solo" (6).

El hombre es un ser metafísicamente abierto. Un ser que para su formación, para su autorealización necesita tener un horizonte de personas. Un ser para quien la autoformación química-

conyu- a Dios

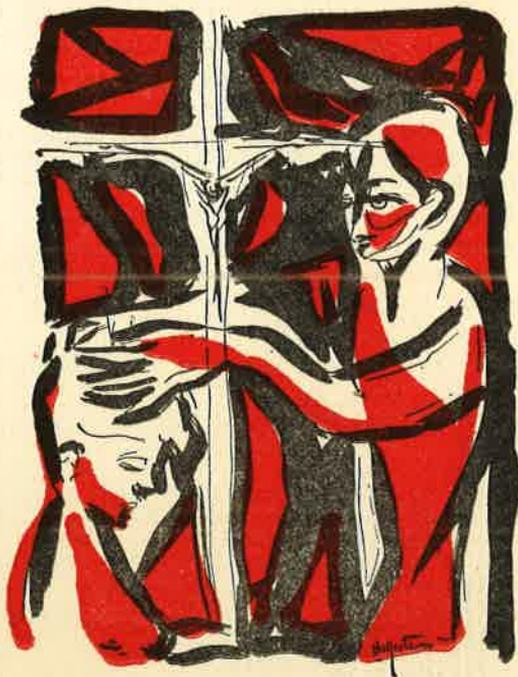
R. Dorras

mente pura, no tiene cabida. Un ser que fue creado a imagen y semejanza de Dios" (7). Y "Dios —dice S. Juan— es Amor" (8). El amor incluye un momento personal, una dialéctica de ir y de ser atraído. Es decir, el hombre necesita un "tú".

Dios desde un ángulo de aquel vergel: el hombre rodeado de toda la reacción irracional, puesta al servicio de él; pero no, "le haré una ayuda semejante a él" (9).

Adán después de aquel sopor, que Dios le hizo experimentar, vio a Eva y dijo: "Esta vez, sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne" (10). Adán vio aquel otro ser que era su otro "yo". El hombre es también amor. Y como ha dicho D. Miguel de Unamuno, no sé en qué sitio: "Una persona aislada deja de serlo. ¿A quién en efecto amaría? Y si no ama, no es persona".

Desde el principio queda el plan de Dios bien constituido. Queda hombre y mujer entrelazados por el amor. Según la Sagrada Escritura: "Serán dos en una carne" (11).



ESPIRITUALIDAD

Misión de Dios

A estos dos seres, Dios les confió una misión: "Creced y multiplicaos" (12). Los hace por tanto colaboradores suyos. Pero se les exige una colaboración personal, al ser el hombre un ser generado y generante, para quien tiene en su origen una unión sexual. Así afirma Bernhard Häring: "La sexualidad viene de Dios; por tanto es buena, incluso moralmente y lo es aún tratándose de los goces corporales y psíquicos que experimentan los que se aman, con tal que en todo se guarde el orden y se permanezca dentro de las santas leyes del matrimonio" (13).

Para el hombre y la mujer, unidos en una amistad que incluye legítimamente lo sexual, es para quienes Dios ha hecho posible este estado de vida, esta comunión de vidas: el matrimonio.

Esta comunión de vidas no puede ser vista por un bautizado, meramente como un acto biológico, sino con esa triple dimensión cristiana, que proyecta la fe en Cristo, de la unidad de los tres amores que le han sido dados al hombre: el carnal, el espiritual humano y el sobrenatural de caridad. Es a su vez, la mayor significación del don de todo el ser a la persona amada: es mi "yo" en el otro.

(1) S. Mateo 19, 11.

(2) CARODEVILLA: «Cristo vivo». B. A. C. p. 630.

(3) S. Mateo 19,12.

(4) Para ver este amplio y complejo problema, cfr. P. Rodríguez Molero, S. I. «Dinamismo de la Espiritualidad laical». Granada 1964. p. 19 s.

(5) Gn 1, 27-31.

(6) Gn 2, 18.

(7) Gn 1, 26.

(8) I Jn 4,8.

(9) Gn. 2, 18.

(10) Gn 2, 23.

(11) Gn 2, 24.

(12) Gn 1, 28.

(13) HAERING: «La ley de Cristo» Edit. Herder. Tomo II, p. 267.

Este es su aspecto profundo, pero tampoco debemos verlo como el punto esencial del matrimonio. Es verdad que esta comunicación física acrecienta el amor conyugal, pero no es lo único, ni la meta, pues hay matrimonios que se elevan por sí mismos, por encima de la sexualidad: "Los esposos identificados el uno con el otro, viven el uno para el otro un amor totalmente oblativo, del cual la forma provisional efímera de la vida sexual biológica no es sino una prefiguración" (14).

Estos esposos, sin duda ninguna, han llegado al máximo, a una vida semejante, a la que tendrán en el Cielo, según la frase de Cristo que nos lo dejó entrever: "En el Cielo, no se casarán" (15). Y el Cielo mismo no separará lo que Dios ha unido, luego el amor permanecerá para siempre. Esa es la piedra clave: el amor y no la sexualidad.

La experiencia también lo afirma con toda nitidez. En la carta Pastoral de Mons. Smedt, Obispo de Brujas, de Marzo de 1963, y que la escribió en colaboración de dos mil quinientos fieles de su diócesis, afirma: "Si los esposos sólo coinciden al nivel de las satisfacciones carnales o sentimentales, bien pronto se verán avocados al vacío del hastío o al gusto amargo de la decepción". Y un poco más adelante: "En el momento en que la sexualidad ya no está al servicio del amor y de la plena expansión de los esposos, deja al hombre insatisfecho y no puede contribuir a su felicidad".

Elevación del amor humano

El matrimonio para los cristianos no sólo es santo, sino santificador. Cris-

(14) E. H. SCHILLEBEECKX: «Le mariage est un Sacrement». Etude Religieuses. número 750. Pag. 70.

(15) S. Marcos: 12,25.

to elevó este estado de vida a Sacramento.

El matrimonio, esa primitiva sociedad conyugal, que es la más esencial al hombre, "se le convierte en fuente de gracias, una institución de la tierra, una vieja realidad humana donde la carne tiene parte tan trascendental" (16).

Como sacramento que es, da la gracia santificante, la gracia propiamente sacramental y el derecho a las gracias actuales. Esto no solamente en el momento de recibir el sacramento, sino que también llena todas las acciones de la vida matrimonial. "Porque este sacramento, como opina S. Roberto Belarmino, es como la Eucaristía, que no solamente es sacramento mientras se confecciona, sino todo el tiempo que permanece; pues mientras viven los cónyuges es siempre su sociedad sacramental de Cristo y de su Iglesia" (17).

Las grandes obras de Dios se realizan en la mayor sencillez y naturalidad. El milagro de las bodas de Caná es toda una imagen del sacramento del matrimonio: El agua limpia e incolora ante la presencia de su Dios, se colorea y se convierte en vino. Las obras naturales, humanas, con la bendición de Dios, se transforman y adquieren su sentido profundo. Para cualquier cristiano el acto conyugal no es un acto de la naturaleza sino un acto religioso, al igual que cualquier acción de la vida conyugal es fuente de gracias.

Y para dos bautizados el contrato matrimonial es sacramento, y la gracia propiamente sacramental penetra en la esencia de ese contrato interpersonal: el amor conyugal, y el amor fecundado por la gracia culmina con la

creación del nuevo ser. Y es que en el amor está Dios, y Dios crea en colaboración del hombre y de la mujer

"Por esto el amor conyugal incluye una llamada a una comunidad de gracia personal con Dios, es una invitación al amor de Dios" (18). Sí, ya sabemos por S. Juan que "El amor procede de Dios; y todo el que ama, de Dios ha nacido" (19). Así de nuevo, se repite la venida de otra criatura, creada a imagen y semejanza de Dios. Más aún esta institución matrimonial nos lleva a ver aquí en la tierra, como un dibujo muy pobre, la imagen trinitaria de Dios, que es Uno y son Tres Personas: En el amor se une hombre y mujer, y el fruto de esa comunidad de vida es el hijo. Esto desde luego, es un misterio grande. No nos aturde porque se realiza todos los días.

Este poder del hombre ha sido una delegación de Dios. Delegación que supone confianza en el hombre, que lo honra y le implica deberes.

El matrimonio cristiano alcanza su alta significación, en la ya conocida frase de S. Pablo a los de Efeso: "Los varones amad a vuestras esposas, como también Cristo amó a su Iglesia" (20). Cristo amando a la Iglesia, sirvió a Dios, cumplió fielmente la voluntad del Padre. Los varones amando a sus esposas, aman a Dios. Y Cabodevilla comenta: "Estad tranquilos. El amor humano se transforma en amor divino, lo mismo que el vino y el pan se convierten en el Cuerpo y Sangre de Jesús" (21). El hombre cumpliendo su exigencia más íntima, que es amar, sirve a Dios maravillosamente.

Los esposos amándose mutuamente perpetúan el misterio divino aquí en la tierra. Así Cristo vivirá entre los cón-

(16) CABODEVILLA «Hombre y mujer» B. A. C. p. 155.

(17) S. ROBERTO BELARMINO «De Controversia». T. III; De matr. contr. II, cap. 6.

(18) SCHILLEBERCKX: Obra cit. p. 54.

(19) 1 Jn 4,7.

(20) Ef 5,25.

yuges, vivirá en la familia, vivirá finalmente en la Iglesia: "en el matrimonio se unen a Cristo y son con Él, fecundados en el aumento de la Iglesia, pueblo de Dios. La familia es una Iglesia católica en pequeño, con Cristo como centro ed ella" (22).

El matrimonio es la realidad visible del amor de Cristo y de su Iglesia: "El poder de atracción del cristianismo en el mundo, depende en gran parte de la realización visible de la sacramentalidad del matrimonio cristiano" (23).

Por esto la gran responsabilidad de los matrimonios cristianos, consiste en hacer a través de ellos, visible a la Iglesia. Con sus hijos aumentará el Cuerpo Místico de Cristo. Y no en vano las gracias del sacramento tienen que invadir toda la vida conyugal. "El casarse es acto del sacerdocio real de los bautizados: por esto es un acto intrínsecamente eclesial" (24).

Consagración de la vida conyugal

Visto el matrimonio cristiano como una gracia constante, común para los cónyuges cristianos, y visto también su papel eclesial, podemos decir con toda verdad que el matrimonio es un verdadero acto de culto a Dios. "El matrimonio no ha sido santificado, sino consagrado en su sentido muy hondo y rico: hecho apto para el culto divino" (25).

El matrimonio en su forma canónica consiste en el contrato interpersonal: en la entrega mútua. De aquí que el

matrimonio cristiano sea un darse totalmente y para siempre al cónyuge por amor, y así servir a Dios. Luego se trata verdaderamente de una consagración de ese lazo, que es amor, a Dios. Es un olvidarse de sí, un perder su vida para descubrir que ésta le ha dado el céntuplo y a la vez embellecida y multiplicada la felicidad del cónyuge. De ahí que cuando no se ve multiplicada la felicidad del cónyuge no hay verdadero amor, y ese falso amor entonces, se ve envuelto en una sexualidad, que degenera en egoísmo, y así se rompe el lazo interpersonal, porque el egoísta se ama a sí y no al cónyuge.

Por eso Pío XII decía en su discurso a recién casados, el 7 de abril de 1942: "Apoyarse, fundarse y fundirse en un común amor de Dios".

Luego el esposo con su "sí" a la esposa, y viceversa, abre un libro en blanco, que la vida se irá encargando de rellenar, de multitud de renunciaciones, a todas las tentaciones que le vengan a lo largo de la vida matrimonial. Ese "sí" a cada renuncia, es eco del que se dio delante de Dios, a Él se confió y por Él se atrevió a dar el "sí". Bernhard Häring dice: "El sí del sacramento es comparable a una fórmula de profesión religiosa o al fiat de la Anunciación. El sacramento del matrimonio consagra a Dios, algo así como los Votos religiosos" (26).

Esta consagración a Dios en el matrimonio, se verifica plenamente, cuando se realiza el fin del matrimonio de santificarse mutuamente los esposos. Si hemos considerado la unión de Cristo y su Iglesia, nos podemos preguntar con S. Pablo ¿para qué Cristo se entregó? "Para santificarla" (27). Y comentando Cabodevilla esta frase dice:

(21) CABODEVILLA: «*Hombre y mujer*» p. 485.

(22) Del esquema del Concilio Vaticano II, sobre el matrimonio.

(23) SCHILLEBEECKX: Obra cit. p. 47.

(24) SCHILLEBEECKX: Obra cit. p. 41.

(25) CABODEVILLA: «*Hombre y mujer*» p. 495.

(26) BERNHARD HÄRING: Obra citada: página 299.

(27) Ef. 5,26.

“todo el alcance más hondo del amor conyugal queda condensado en una labor de perfeccionamiento recíproco. El marido amará a su mujer como Cristo, para hacerla cada vez más cristiana, mientras la esposa deberá con su dedicación contribuir a que su marido se asemeje más y más a Cristo” (28).

¡Qué bien se expresa uno de los feligreses de Brujas a Mons. Smedt!: “a mi lado una esposa exquisita, toda comprensión y deseo de ayudarme en la voluntad de convertirme en las manos del Señor en un instrumento a la medida de su Amor”. Este feligrés es desde luego eco de otros tantos esposos.

Conclusión

Este gran misterio humano, de la atracción recíproca entre hombre y mujer quedaría muy en la penumbra, si Dios no nos hubiera encendido la luz de la Revelación.

Es San Pablo el que rasga el velo del misterio y realza la realidad matrimonial, cuando simboliza el amor:

(28) CABODEVILLA: *«Hombre y mujer»* p. 513.

hombre y mujer, en la consagración del amor de Cristo a su Iglesia, y cuando lo ve prefigurado en el Antiguo Testamento, en el amor y fidelidad de Dios Padre a su pueblo escogido, Israel.

A la luz de la Sagrada Escritura, nos resultan claras, las notas esenciales del matrimonio cristiano. De una parte el amor de Dios a su pueblo es fidelidad eterna, en su pacto con él; así pues, el amor matrimonial ha de ser fiel e indisoluble, en su contrato interpersonal. De otra parte la unidad del matrimonio se hace manifiesta. Basta una simple ojeada por las cartas y predicación de S. Pablo para ver que los nombres de Cristo e Iglesia llegan a ser intercambiables (29). Lo mismo que la esposa puede apellidarse con los nombres de su casa nativa, como por los de su esposo, para gozar de su personalidad.

Así, si se hace de la vida conyugal, vida cristiana, auténtica vida en Cristo, se podrá esperar del sacramento, la gracia que une, la gracia que sacramentaliza ese encuentro: hombre y mujer; gracia que es fuerza para cumplir la misión de Dios; gracia para superar a lo cristiano las dificultades inevitables, nacidas por el pecado original; gracia para poder consagrar esa vida conyugal como un don a Dios.

(29) Cfr. S. Pablo: I Cor. 12, 12; Hechos de los Apóstoles: 22, 7-8.

Vemos con gusto que se van difundiendo en el campo católico santas iniciativas pastorales que tratan de dar a los novios y a los jóvenes esposos la preparación moral y espiritual que dé a su conciencia luz y vigor para la santidad en el amor y para la solidez y la verdadera felicidad en la vida familiar (Pablo VI).